

Adam Smith y comportamiento bancario: ¿racionalidad o imprudencia económica?

Adam Smith and banking behavior: Economic rationality or imprudence?

Daniel Mirón *

Resumen

Las aportaciones de Adam Smith sobre aspectos monetarios y de la banca han sido poco valoradas. En el presente ensayo se busca revalorar las ideas de su pensamiento ligadas al aspecto ético del comportamiento económico, pieza clave para un mejor entendimiento del imprudente comportamiento bancario para la emisión de deuda en el sistema capitalista. Tradicionalmente la teoría económica moderna o convencional, ha atribuido a Smith ideas sobre el comportamiento económico asociadas a un supuesto racionalismo que se sostiene sobre la maximización del interés individual. Por ello, el objetivo de este trabajo es doble, por un lado, se indaga sobre la interpretación dominante del trabajo de Adam Smith que ha estado en función del paradigma económico de libre mercado, refutando el carácter racional en el comportamiento de los agentes económicos.

Palabras clave: banca, comportamiento bancario, moneda, títulos de deuda, racionalidad económica, pensamiento económico.

Abstract

Adam Smith's contributions on monetary and banking aspects have been little appreciated. Traditionally, modern or conventional economic theory has attributed to Smith ideas on economic behavior associated with a supposed rationalism based on the maximization of individual interest.

* Doctorando del Posgrado de Economía, UNAM.

Therefore, the aim of this paper is twofold: on the one hand, it investigates the dominant interpretation of Adam Smith's work, which has been based on the free market economic paradigm, refuting the rational nature of the behavior of economic agents. And, on the other hand, it seeks to reevaluate the ideas of his thought linked to the ethical aspect of economic behavior, a key piece for a better understanding of the imprudent banking behavior for the issuance of debt in the capitalist system.

Keywords: banking, banking behavior, currency, debt securities, economic rationality, economic thinking.

Introducción.

¿Qué sentido tiene hablar de Adam Smith en el año 2023? A 300 años de su nacimiento, conmemorar a un gran pensador nos invita a una relectura de su obra sin caer en el dogmatismo. Se trata del pretexto perfecto para volver a sus escritos originales con la finalidad de (re)valorar lo que se nos ha dicho sobre sus propuestas. La lectura de Adam Smith en el siglo XXI no es únicamente porque sus observaciones puedan darnos luz sobre algunos de los fenómenos económicos que enfrentamos en la actualidad. Más allá de esto, consideramos que hay que volver a los clásicos como Smith, porque podemos aprender de la manera en que él mismo estudia las relaciones económicas en su propio momento histórico (siglo XVIII europeo). Se trata de una tarea que es necesario hacerla cada vez más sin intermediarios, quienes la mayor de las veces cuentan con sus propios intereses de por medio. El historiador Eric Roll, plantea que cada historia del pensamiento económico escoge a sus propios referentes, decide a quiénes dedicar más tiempo de estudio, y ello, depende de sus propios intereses [Roll, 2017: 15].

Reparar sobre la metodología de Smith que consistió en observar y describir, bajo el característico mecanicismo científico¹ y la tradición escocesa² del siglo XVIII, las relaciones económicas de la sociedad, no tiene ningún desperdicio. Como todo un intelectual de su tiempo, Smith no sólo fue un economista (profesión que no existió antes del siglo XX), fue ante todo un filósofo, un jurista, un sociólogo, que tuvo como principal objetivo esclarecer las profundas motivaciones de la acción humana, es decir, las leyes de la naturaleza que guían el actuar de los individuos en sociedad, en particular, cuando se trata de motivaciones económicas [Comim, 2001, pág. 106]. La influencia del racionalismo de Descartes, el empirismo de Locke, así como de la filosofía naturalista, presente en una línea de pensamiento que conecta al griego Euclides con el físico británico Isaac Newton, Smith estableció una epistemología, o construcción del conocimiento, a través de un sistema de valores [Roncaglia, 2006, pág. 163]. Valores, que no está de más mencionar, estaban muy lejos del egoísmo y el interés propio individual.

Empatía, moral social, naturaleza, reglas generales de conducta, son categorías presentes en el análisis de Smith que nos invitan a una profunda reflexión del entorno social. Particularmente en el terreno económico nos conducen a un campo de estudio para Smith fundamental: la política económica. El tema de la regulación, la jurisprudencia y la legislación sobre los actos humanos son temas fundamentales en el análisis smithiano. Por

¹ El siglo XVIII europeo se caracterizó por una vocación científicista derivada de la física newtoniana. Como muestra Comim [2002: 111], Smith retomó de Newton su método experimental, y desde su óptica filosófica logró “(...) establecer algunos principios que luego utilizaría para explicar y relacionar algunos fenómenos.”

² Para Comim [2002], la tradición escocesa o *Scottish Enlightenment* es un movimiento histórico intelectual donde se presta particular atención a la noción de sentido común que se convierte en una término central en la discusión filosófica. “La Ilustración escocesa fue un movimiento intelectual que englobó diferentes tendencias presentes en el pensamiento escocés de los siglos XVII y XVIII, como el principio baconiano de indagación empírica, la concepción newtoniana de la ciencia, el método comparativo de jurisprudencia de Montesquieu, la teoría de la jurisprudencia natural de Carmichael y otras tendencias, (...)” [Comim, 2001: 91-92]

ello, cuando hablamos de comportamiento económico (*economic behaviour*), incluso de comportamiento bancario (*banking behaviour*), es importante no olvidar el sentido social y comunitario de la filosofía de Smith.

En pleno siglo XXI, a casi quince años de la crisis financiera de 2008, discutir sobre el comportamiento de los agentes económicos es más que necesario. Sobre todo si estos tienen la capacidad de poner en riesgo la estructura productiva no sólo de naciones, sino del mundo entero. Los bancos y empresas financieras han quedado al margen de las regulaciones económicas desde finales del siglo pasado bajo la álgida ola neoliberal. Montados sobre la doctrina económica moderna donde los mercados funcionan mejor lejos de la regulación gubernamental, banqueros y financieros han concentrado fortunas monetarias descomunales esparciendo el riesgo sistémico al mundo entero, en particular a los más desprotegidos de esta sociedad desigual en que vivimos. Con autoridad podemos sostener que el pensamiento económico de Adam Smith poco ha tenido que ver con esta impronta egoísta y utilitaria, aun cuando economistas, historiadores del pensamiento económico y hacedores de política económica (de corte neoliberal) han postulado lo contrario.

En las ideas económicas de Adam Smith, por el contrario, siempre está presente el carácter social de los denominados fenómenos económicos, que tienen como sustento las acciones de sujetos reales con intereses particulares. Argumentar lo contrario sería un demérito total a la profesión de los estudiosos del pensamiento económico. Por ello, el objetivo de este trabajo es doble. Por un lado, se revaloran, a partir de una relectura de las fuentes originales, un conjunto de ideas monetarias y financieras de la obra de Adam Smith. Posteriormente, se discute sobre el comportamiento económico asociado a un supuesto racionalismo que se sostiene sobre la maximización del interés individual; ideas que han sido atribuidas a Adam Smith por la teoría económica moderna o convencional, en función del paradigma económico de

libre mercado. Para, finalmente, refutar el carácter racional del comportamiento de los agentes económicos, a través de un ejemplo histórico en la Escocia del siglo XVIII, donde el aspecto ético del comportamiento económico, pieza clave para un mejor entendimiento del imprudente comportamiento bancario para la emisión de deuda en el sistema capitalista.

La banca motor del proceso productivo capitalista.

Los bancos son (y han sido) instituciones de vital importancia en el desarrollo histórico del capitalismo como sistema económico a nivel mundial. Capaces de detonar la producción conduciendo los recursos necesarios para el sostenimiento de los procesos productivos, así como, posible *talón de Aquiles* para el crecimiento económico por su capacidad para deteriorar la confianza de las estructuras de endeudamiento y capacidad de pago de las sociedades. Las actividades bancarias son un elemento fundamental del ciclo económico, en los ascensos y descensos de la actividad productiva de una nación, así como de la economía global. Por estas razones, los bancos han sido un tema de estudio apasionante y siempre presente en la historia del pensamiento económico, donde no podía ser la excepción el pensamiento de Adam Smith quien —aunque a veces menospreciado en este campo de estudio—, en su libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [1776] (*Riqueza de las naciones*, en adelante), presentaba un análisis certero de las implicaciones del sistema bancario sobre las relaciones económicas en una región y tiempo histórico particulares: la Escocia e Inglaterra del siglo XVIII. Nos advertía del comportamiento imprudente en que podían caer estos.

Sin duda alguna, el sistema de bancos actualmente muestra grandes diferencias operativas respecto a lo que Smith estudió de estas instituciones en su tiempo. La concentración de las

actividades bancarias en lo que hoy denominamos como banca múltiple, la centralización del negocio bancario en grandes firmas multinacionales que operan alrededor del mundo, así como la amplia oferta de servicios que hoy en día podemos encontrar en un banco, son muestra de ello. Sin embargo, sus actividades fundamentales han permanecido a lo largo del tiempo, el colocar u orientar capital en su forma dineraria para hacer funcionar “la amplia rueda de la circulación”, como diría el propio Smith; es decir, para potenciar la capacidad productiva de la economía.

En una economía como la que observaba Smith a finales del siglo XVIII, la actividad industrial de carácter privado con mano de obra asalariada era ya la principal forma de producción, y los adelantos de capital fueron una necesidad para los empresarios que buscaban comenzar, o bien, expandir su capacidad productiva. El capital, definido en la *Riqueza de las naciones* [2016 (1776)] como los medios de producción necesarios que son destinados a “una mejora en el ingreso neto de la sociedad”, se distingue entre capital fijo (máquinas e instrumentos de trabajo) y capital circulante (dinero, provisiones, materiales y productos acabados). Se trata de los recursos cuyo objetivo es “aumentar las capacidades productivas del trabajo” [Smith, 2016: 370-371]. En ese sentido, el dinero, componente fundamental del capital circulante en el análisis smithiano, juega un papel determinante que, si bien, nos alerta el propio autor, no forma parte del ingreso neto de la sociedad estrictamente, sí posee la capacidad para hacer circular el producto anual de la tierra y el trabajo: “El capital circulante es el que suministra los materiales, paga los salarios y pone a la actividad en movimiento” [Smith, 2016: 376].

El dinero como detonante de la actividad productiva, reconoce Smith, puede provenir de dos tipos de fuentes: a) del empresario en forma de ahorro sobre el gasto en capital fijo, por ejemplo, disminuyendo los recursos destinados al mantenimiento de la maquinaria. Una definición que encontraremos en otros teóricos de la economía política clásica. O bien, b) de los bancos a partir de

una sustitución del dinero mercancía o en especie (oro y plata) por papel moneda [Smith, 2016]. Billetes de creación privada por parte principalmente de la banca, pagarés cuya ganancia se sostiene en el interés que habrá de devengar en el futuro. Una nueva forma de capital dinerario que contribuye a que "...la circulación se lleve a cabo mediante una nueva rueda, cuya construcción y mantenimiento cuesta menos que la anterior" [Smith, 2016: 377].

La emisión de "documentos" o notas bancarias que garantizan el movimiento de la riqueza aportada por la sociedad (el producto del trabajo y la tierra) es una de las principales aportaciones monetarias del trabajo de Adam Smith. El pensador escocés del siglo XVIII identificó acertadamente la capacidad de circulación de promesas de pagos privadas para saldar deudas y compromisos, así como para la adquisición de bienes y recursos para la producción (medios de producción). Por lo que, Smith podría ser considerado parte de una tradición de pensamiento económico que postula la endogeneidad del dinero.³ Laidler [1980] identifica como para Smith "la cantidad de dinero es una variable endógena" que depende de la capacidad de emisión de los bancos. En ese sentido, Smith reconoce la importancia del papel moneda como un componente determinante de la oferta monetaria y su capacidad para incrementar el comercio [Laidler, 1980: 3-4]. Así, el "canal de circulación" se ve incentivado por la introducción del papel moneda bancario, detonando un efecto positivo sobre el nivel de actividad económica en el mediano y largo plazo, a lo que Laidler ha denominado como *productividad social del dinero* (*the social productivity of money*).

³ La teoría del dinero endógeno es uno de los principales postulados desde la heterodoxia económica en escuelas de pensamiento como la post-keynesiana, en sus diferentes vertientes estructuralistas y horizontalistas, así como en la tradición circuitista. Como sostiene Lavoie [2005], esta teoría se ha dado a conocer por el célebre aforismo "los créditos producen depósitos". Por lo que la endogeneidad del dinero hace referencia a que "(...) la oferta de dinero es endógena. No puede ser fijada de manera arbitraria por el banco central. Esta oferta de dinero se halla determinada por la demanda de créditos y las preferencias del público". [Lavoie, 2005, pág. 66]

La *productividad social del dinero*, plantea Laidler [1980], siguiendo las propuestas de Smith, consiste en permitir un mayor intercambio a través de la emisión de notas bancarias o billetes, lo cual, conduciría al ensanchamiento de los mercados. Así como la división de trabajo hace más productiva la tierra y el desempeño del trabajo, el papel moneda tiene la capacidad de mejorar la productividad del trabajo al disminuir los costos asociados a realizar transacciones en dinero mercancía. Por ello, “(...) el papel moneda es visto como una forma de cambio técnico que libera recursos para ser destinados al acervo de capital circulante evitando una reducción de la productividad” [Laidler, 1980: 10]

En la *Riqueza de las naciones* se reconoce la capacidad para crear medios de pago privados, por parte de los banqueros, aunque también por los grandes comerciantes con el respaldo de un banco. La expedición de formas de dinero alternativas a los metales ha sido una práctica antigua de las sociedades incluso antes del capitalismo.⁴ Las letras de cambio, por ejemplo, “medio de pago de largo alcance” [Braudel, 1984: 412], fueron bastante socorridas en los principales puertos mercantes para saldar compromisos de compra-venta, una práctica común aún antes de la Revolución Industrial inglesa. Los mercaderes se enfrentaban a una disyuntiva temporal entre el momento de hacerse de las mercancías necesarias en los grandes puertos europeos y el momento de la venta. Las letras de cambio, así como las notas bancarias fueron una solución para acortar los tiempos y costos empleados en este tipo de transacciones.

⁴ El historiador económico Fernad Braudel identifica como de la mano de los registros contables, diferentes formas de dinero han sido utilizadas a lo largo de la historia por diferentes sociedades: “Roma conoció la cuenta corriente, el debe y el haber de los libros de los *argentarii*, En fin, todos los instrumentos de crédito -letra de cambio, pagaré, letra de crédito, billete de banco, cheque- fueron conocidos por los comerciantes del Islam, musulmanes o no, como nos manifiestan, desde el siglo X de nuestra era, los documentos llamados *geniza*, principalmente encontrados en la sinagoga del viejo Cairo. Y China utilizaba el billete de banco desde el siglo IX de nuestra era” [Braudel, 1984, pág. 412].

Sostenemos que Adam Smith incluye en su análisis una suerte de carácter endógeno de la oferta monetaria a partir de la circulación de formas alternativas de dinero bajo demanda del público. Sin embargo, estos aportes han sido menospreciados a lo largo de la historia del pensamiento económico, sobre todo por la *economía moderna*.⁵ Para Smith, la circulación del papel moneda emitida por bancos, si bien, incrementa la cantidad de dinero en la sociedad, tiene poca relación con el nivel de precios. De acuerdo con la teoría del valor trabajo de Smith, el valor monetario de los bienes depende de la cantidad de trabajo que es necesaria para adquirir y llevar al mercado “una cierta cantidad de metales” que sirvan para el comercio de “una cierta cantidad de bienes”. Esta postura pone en el centro de la discusión la dificultad para acceder al dinero [extraerlo del subsuelo] y los costos que ello implica. Lo que parece ser una lectura del proceso de variación del nivel de precios más cercano a las posturas de inflación por el lado de la oferta. “Smith, pues, consideraba que el precio relativo de las mercancías y del dinero en especie estaba determinado, como cualquier otro precio relativo, por los costos de producción y, en particular, por los costos laborales” [Ladiler, 1980: 2].

El análisis bancario y monetario de Smith nos hace repensar algunas de las principales teorías de la economía moderna al resaltar su visión sobre la teoría del valor sustentada en el trabajo, donde los precios están influidos directamente por los costos, la oferta monetaria depende de la demanda del público, y el papel fundamental las instituciones bancarias en la emisión de formas de dinero alternativas a los metales. Una demanda de medios de pago

⁵ Siguiendo las propuestas de Roll [2017], utilizamos la categoría de economía moderna para referirnos al paradigma de pensamiento económico que surge con el análisis marginalista de finales del siglo XIX, específicamente en el decenio de 1870. Momento histórico en que el pensamiento económico da un giro en su análisis y método. “El clasicismo —se decía— daba la mayor importancia a la producción, la oferta y el costo; la teoría moderna se interesa principalmente por el consumo, la demanda y la utilidad.” [pág. 336] La llamada revolución marginalista “Enlaza la aparición en la economía de un método subjetivo y ahistórico (que toma el consumo como punto de partida) (...)” [Roll, 2017, pág. 337]

que en forma de capital circulante tiene la capacidad de movilizar los recursos de la tierra y el trabajo para producir e incrementar el producto neto de la sociedad. El dinero bancario y su productividad social, como una mejora técnica con repercusiones directas sobre el nivel de actividad económica de una sociedad.

Adam Smith y la noción de racionalidad económica.

Cuando Adam Smith comienza su estudio sobre la *Riqueza de las naciones*, ubica la división del trabajo como característica predominante y distintiva en la forma de producir. Bajo esta nueva forma de organización, las sociedades orientan sus acciones por “[...] la consecuencia necesaria de las facultades de la razón [...]” [Smith, 2016: 44]. A partir de este reconocimiento de la razón como base de la nueva organización productiva industrial, han sido muchos los estudiosos del pensamiento económico que se han interesado en remarcar el carácter de un comportamiento individual, de carácter racional, como fundamento de los fenómenos económicos. Desde entonces, la creencia de que el comportamiento egoísta de los individuos es el centro del que parten las decisiones económicas ha sido una de las características fundamentales de la economía moderna, o bien, “una de las mayores deficiencias de la teoría económica contemporánea” [Walsh, 2000: 5] lo cual es síntoma del distanciamiento entre la práctica de la economía y la ética, sostiene Walsh [2000], siguiendo las ideas de Amartya Sen [1988].

Como plantea Walsh [2000], “apenas se había secado la tinta de la obra de Smith y los escribas, políticos y administradores coloniales estaban trabajando duro para distorsionar su mensaje” [Walsh, 2000: 22]. El siglo XX no fue la excepción en interpretaciones erróneas de Smith cuando resurge un interés por el rescate de la economía política clásica desde una interpretación

neoclásica del positivismo lógico.⁶ En particular el análisis de David Ricardo sería funcional para los desarrollos matemáticos de la disciplina y el rescate de las ideas de Smith se centran en atribuirle el comportamiento egoísta como motivación fundamental para la toma de decisiones económicas, para la teoría de la elección.

Economistas de la segunda mitad del siglo XX como Kenneth Arrow y Frank Hahn [1971] en su *Análisis general de la competencia*, atribuyen la idea del interés individual a Smith. A través de clasificaciones cuantitativas sitúan los intereses de agentes económicos individuales como base de las decisiones de consumo [Walsh, 2000: 10]. Bajo esta lógica, cada agente económico tiene la capacidad de establecer una clasificación específica u ordenamiento de sus preferencias con base en propiedades identificables. En clara alusión a los modelos neowalrasianos del ordenamiento de preferencias de agentes económicos que deciden entre cestas de bienes que les proveen de cierta utilidad. Sin embargo, discute Walsh, “lo que Smith entendía por interés propio no era en absoluto la búsqueda de la autocomplacencia a corto plazo. Se trataba de ‘la búsqueda del interés propio a largo plazo debidamente restringido por la prudencia’, un estado de cosas ‘moldeado por leyes justas’” [Walsh, 2000: 10-11].

El egoísmo como eje rector de las decisiones económicas, supuestamente extraído de las aportaciones de Adam Smith no se sostiene ni en la lectura más básica de las principales obras del autor. Muestra de ello es su análisis sobre la política económica. En la *Teoría de la hambruna* de Amartya Sen [1988], se retrata la forma en que intelectuales, historiadores y economistas han interpretado las ideas de Adam Smith desde una perspectiva

⁶ Para Walsh [2000], la imposibilidad de la ciencia económica convencional para analizar los fenómenos económicos reside en el fracaso de su metodología, el colapso de un método positivista/empirista lógico en el que se resalta una falsa dicotomía de hechos y valores.

neoclásica, donde el Estado nunca debe intervenir en la economía con miras a lograr el mejor desempeño del mercado. Idea que surge a partir de la mención de Smith por no culpar a los comerciantes de las hambrunas y, por tanto, para manifestar su oposición para restringir o suprimir las actividades comerciales. No obstante, eso no significa que detrás de aquella aseveración estuviera una idea de que el interés individual colocaría los recursos disponibles de la mejor forma posible a través del mecanismo de mercado [Sen, 1988: 25-26]. En palabras del propio Sen:

Aunque Smith fue a menudo citado por administradores imperiales para justificar o refutar intervenir en las hambrunas (...) no hay nada que indique que el planteamiento ético de Smith respecto a la política pública se hubiera negado a intervenir en apoyo de los derechos de los pobres. A pesar de su oposición a suprimir el comercio, su enfoque al señalar el desempleo y los bajos salarios reales como las causas de la hambruna sugiere una variedad de respuestas de política pública [Sen, 1988: 27].

Para Smith, el desempleo y los bajos salarios, eran problemas que debían enfrentarse con medidas de política pública, no con la inacción estatal ante la respuesta del mercado. Smith reconoce “[...] la necesidad de que el Estado, ante la amenaza de una hambruna, complemente las operaciones del mercado creando ingresos porque el mercado omite hacerlo” [Walsh, 2000: 13]. Por lo que todo parece indicar que, en realidad, Smith rechazaba la idea de un sistema de mercado que excluyera la acción o respuesta estatal, por el contrario, reconocía las deficiencias del mercado y la necesidad de que el gobernante interviniera, incluso a través de la creación de “incentivos para la demanda” [Walsh, 2000: 13] o “subvenciones públicas para los pobres” [Sen, 1988: 25], lo que hoy denominaríamos como transferencias monetarias para el consumo.

La corriente de pensamiento económico que revaloró la teoría económica moderna del marginalismo, y que ha predominado en gran parte del mundo desde la década de los setenta del siglo pasado, ha argumentado a favor del libre mercado como premisa básica del supuesto análisis de Adam Smith. Mercados eficientes, capacidad de autorregulación, son entre otras categorías que se sostiene sobre la supuesta racionalidad de los agentes económicos que lejos de cualquier tipo de intervención gubernamental se desempeñan de manera óptima. Sean consumidores, o bien, productores, la búsqueda de la maximización del interés individual denota un comportamiento racional⁷ de los individuos que buscan satisfacer sus necesidades. En ese sentido, si hablamos de la figura del banquero como oferente de capital en su forma de crédito, bajo este paradigma, su comportamiento habrá de ser tal como dictan los principios de la razón: maximizando sus intereses individuales obtendrá beneficios no sólo para su gremio sino para la sociedad en general. Un propuesta de firme rechazo a las motivaciones éticas del comportamiento humano [Sen, 1988: 15].

En su *Teoría de los sentimientos morales* [1941 (1759)], Smith da muestra de que su argumentación se sitúa en lo opuesto a un comportamiento individualizado que se sostiene sobre el egoísmo o un sentimiento exacerbado de interés propio. La moral social como sentimiento mayor, es la que guía la conducta humana y la toma de decisiones que se sostienen sobre la empatía, la cual, está por encima del interés egoísta e individual, de “amor propio”; en caso de que éste último prevalezca, Smith reconoce la importancia de un gobierno y sus estructuras jurídicas para salvaguardar el interés social por encima del individual.

⁷ Tal como plantea Amartya Sen, el supuesto de comportamiento racional tiene dos métodos predominantes para su definición en la teoría económica mainstream: “Una es ver la racionalidad como la coherencia interna de la elección, y la otra es identificar la racionalidad con la maximización del interés propio” [Sen, 1988: 12].

Smith como filósofo social resalta el sentir común o de grupo como *motivación* que subyace al accionar humano. El sentido moral, entendido como la regla general con la que cada individuo está dotado a partir de la experiencia, se constituye bajo la interacción social. La sociedad es el “espejo” por medio del cual “los hombres” pueden reconocer sus propias virtudes o deméritos. Quien carezca de este “espejo” no es capaz de reconocer “la conveniencia o inconveniencia de sus propias pasiones”, por lo que, un individuo que carece de comunicación con otros está imposibilitado de pensarse a sí mismo. “Incorporadlo a la sociedad, e inmediatamente estará provisto del espejo del que antes carecía” [Smith, 1941:100-101]. El individuo no puede ser separado de la experiencia que sólo se construye a partir de la interacción con los otros. Su racionalidad y comportamiento están formados por reglas generales “[...] universalmente aceptadas y establecidas por la concurrencia de los sentimientos de todos los hombres [...]” [Smith, 1941:111] que establecen en una suerte de consenso “normas de juicio” sobre lo justo e injusto de la conducta humana.

El comportamiento económico (*economic behaviour*) tradicionalmente entendido como racional y egoísta conduce al mejor desempeño económico del mercado no es más que una invención de teóricos, académicos y hacedores de política pública para justificar una forma particular de hacer o construir la teoría económica dominante y de analizar los fenómenos económicos. En ese sentido, cuando se habla de comportamiento bancario (*banking behaviour*) debe hacerse desde un enfoque crítico, lejos del supuesto de racionalidad que conduce al equilibrio de mercado. Pues si bien, la banca puede desempeñarse de forma benéfica en el proceso económico de producción, también existe la posibilidad de que se generen efectos negativos a partir de las decisiones de unos cuantos individuos que, siguiendo su propio interés individual para la obtención de mayores ganancias, se sitúen por encima del bien colectivo. “La prudente actividad bancaria [que] permite al país

convertir una amplia sección de su capital muerto en capital activo y productivo (...)” [Smith, 2016: 412-413], se convierte en imprudencia cuando el crecimiento se sostiene sobre una base ficticia o irreal.

El peloteo de letras de cambio: una ficción bancaria.

Como se ha mencionado, en la obra de Adam Smith [2016 (1776)] es indudable como “[...] el comercio y la industria [...] se han expandido muy considerablemente [y] que los bancos han contribuido significativamente a esa expansión” [Smith, 2016: 383]. Por ello, especial atención reciben las innovaciones de la banca en la Escocia de 1740 a 1770, particularmente de dos bancos: el Banco de Escocia, creado por el parlamento en 1695, y el Banco Real, creado por concesión real en 1727. Los cuales protagonizan una historia que evidencia la imprudencia bancaria cuando no existe la regulación y estos son guiados por propios intereses lejos del bien común, ya que “[...] no todas esas empresas han mostrado una conducta intachable, y ello ha requerido una ley del parlamento para regularlas [...]” [Smith, 2016: 383].

La circulación del papel moneda no depende tanto de la voluntad del gobierno o de los mismos banqueros, como sí lo hace de la confianza del público que está dispuesto a aceptar los pasivos de otros para realizar transacciones en el mercado. En palabras de Smith, el hecho que “[...] las personas de cualquier país [tengan] tanta confianza en la fortuna, honradez y prudencia de un banquero como para creer que siempre pagará [...]” [Smith, 2016: 377], constituye parte fundamental para garantizar las actividades de dichas instituciones. En ese sentido, Smith describe el caso de los flujos ficticios de capital que llevaron a la bancarrota a algunos inversionistas y banqueros escoceses e ingleses del siglo XVIII, a

través del *peloteo de letras de cambio*.⁸ Proceso en el cual, “[...] las condiciones tan fáciles que aceptan los bancos [...] para el reembolso de los créditos [...]” [Smith, 2016: 385]. Adelantando sumas de dinero que jamás regresarían a las arcas bancarias, y más aún, sobre los cuales, se realizaban una serie de transacciones sobre transacciones, posteriores al adelanto inicial, que sólo inflaban artificialmente (ficticiamente) el valor de dichas letras.

Como observó Smith, hay que recordar que,

La mayor parte de los bancos y banqueros emiten sus billetes o pagarés mediante el descuento de letras de cambio, es decir, adelantando el dinero sobre ellas antes de su vencimiento. Sobre cualquier suma que adelanten, siempre descuentan el interés legal hasta el vencimiento de la letra. El pago de la letra, a su vencimiento, reembolsa al banco el valor del dinero adelantado, con un beneficio neto en intereses [Smith, 2016: 384].

Una letra de cambio, es un instrumento financiero que posibilitaba realizar transacciones en un momento presente, adelantando papel dinero, notas bancarias o dinero fiduciario emitido por un banquero, para saldar una serie de adeudos mayores de los que posibilitaría una determinada cantidad de dinero metálico. Las letras de cambio, inicialmente utilizadas para grandes transacciones en formas de adelantos de capital, o capital circulante como diría el propio Smith, pagando un determinado interés al vencimiento de la misma.

Hasta aquí, Smith reconoce las grandes ventajas para disminuir costos de transacción asociados al dinero metálico. Sin embargo, esto no era sino sólo el inicio de un entramado mucho mayor, uno donde la imprudencia bancaria llevó a sustituir la emisión de billetes o pagarés sobre la actividad real del comercio, sobre lo que

⁸ Para mayor detalle sobre el tema se recomienda consultar en extenso, Smith, A. [2016], “Libro II. De la naturaleza, acumulación y empleo de capital. Acápites 2. Del dinero, considerado como una rama especial del capital general de la sociedad o del gasto del mantenimiento del capital nacional”

Smith llama “cuentas de caja”, lo que hoy denominaríamos como un *debt security* o título de deuda. Un instrumento financiero cuyo valor no sólo se sostiene sobre la futura capacidad de pago del librado (quien asume el compromiso de liquidar la orden de pago), sino que también se vuelve comerciable en un entorno determinado y, además, “[...] puede devolver la suma [prestada] en pequeñas cuotas [...] y el banco le descuenta una parte proporcional del interés del principal desde el día en que paga la primera cuota hasta que de esa forma repone el total” [Smith, 2016: 385].

Sin embargo, estas acciones llevaron a los banqueros a una sobreemisión de letras de cambio, sobrepromesas de pago futuras que no se podrían concretar. La ambición por obtener el interés que devenga cada letra volvió de este negocio una fuente de recursos fáciles, aunque esto fuera sólo en el corto plazo. Cuando aquel que inicialmente obtuvo una suma de dinero prestada se encontró con la imposibilidad de poder reponer su deuda al vencimiento, nos plantea Smith, el título de deuda no fue más que representación de un valor ficticio, inexistente, puesto que “...el flujo que a través de esas letras de cambio giratorias había salido de las cajas fuertes de los bancos nunca era compensado por ningún flujo que verdaderamente entrase en ellas” [Smith, 2016: 401]. Las letras en cuestión perdieron todo valor al no ser canjeables en ningún banco por ningún tipo de sustento real.

Si cuando la letra vence el librado no la paga en el momento en que se le presenta, es declarado en ese mismo instante quebrado. [...] Si antes de llegar a la persona que la presenta al librado para su pago ha pasado por las manos de varias otras personas, que sucesivamente se adelantaron una a otra su valor en dinero o mercancías, [...] cada endosante resulta responsable ante el tenedor de la letra por ese valor y si no la paga es igualmente declarado en quiebra [Smith, 2016: 399].

Smith denominó *financiación por circulación* a la práctica irracional e imprudente de los bancos que al ver incumplidas las

promesas de pago emitidas, se veían en la necesidad de emitir nuevas letras de cambio contra otros bancos, con la finalidad de obtener el dinero en especie necesario para satisfacer sus propias demandas. Llevando las relaciones de financiación ficticia incluso más allá de las fronteras de Escocia [Smith, 2016: 390-391].

Comentarios Finales.

Smith no consideró que los bancos actuaran en aras del interés público siguiendo sus propios intereses. El mismo reconoció la tentación de emisión excesiva de papel moneda por parte de los bancos, por lo que la regulación por parte del gobierno y una debida legislación son una necesidad de la sociedad en conjunto. En clara alusión a la inexistencia de un “comportamiento racional”, Smith nos plantea:

Quando estamos a punto de actuar, la avidez de la pasión raramente nos permitirá considerar lo que hacemos [...] Las emociones violentas que en esos momentos nos agitan, nublan nuestros juicios sobre las cosas... las pasiones, como dice Malebranche, siempre se justifican así mismas, y parecen razonables y proporcionadas a su objetos... [Smith, 1941: 106-107].

Los juicios que formulamos sin considerar a los otros, tienden a ser parciales, alejados del sentido moral general que, en el último de los casos contraviene con el contrato social preestablecido. Para Smith, las reglas generales de conducta “[...] relativas a lo que es debido y conveniente ya sea hacer o evitar” [Smith, 1941: 108] son de gran utilidad para contener la pasión individual del “amor propio”, que proviene del egoísmo. A través de un ejemplo monetario y financiero, el análisis de Smith derrumba cualquier malinterpretación sobre sus propias ideas que lejos están de ensalzar el comportamiento individualista que busca los propios intereses sobre el bien común en aras de una supuesta “racionalidad económica”. Para Smith, “es la razón la que

descubre esas reglas generales de justicia según las cuales debemos normar nuestros actos” [Smith, 1941: 147].

Referencias.

- Braudel, Fernand, [1984], *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Alianza Editorial, Madrid, España.
- Comim, F. [2001]. “The Scottish Tradition in Economics and the Role of Common Sense in Adam Smith’s Thought”, *Review of Political Economy*, vol. 14, no. 1, pp. 91-114.
- Laidler, David, [1980] “Adam Smith's Monetary Economics”, en *Department of Economics Research Reports no. 8005*. Department of Economics, University of Western Ontario. London, ON. pp. 1-20.
- Lavoie, Marc, [2005], *La economía postkeynesiana. Un antídoto del pensamiento único*, Icaria Editorial, Barcelona, España.
- Roll, Eric, [2017], *Historia de las doctrinas económicas*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Roncaglia, Alessandro, [2006], *La Riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, España.
- Sen, Amartya, [1988], *On Ethics and Economics*, Blackwell Publishing, Malden, MA, USA.
- Smith, Adam, [1941], *Teoría de los sentimiento morales*, (E. O’Gorman, Trad.), Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Smith, Adam, [2016], *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Alianza editorial, Madrid, España.
- Walsh, Vivian, (2000) “Smith After Sen”, en *Review of Political Economy*, vol. 12, no. 1, pp. 5-25.

Recibido 29/julio/2023

Aceptado 20/agosto/2023